

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA Y RAMIRO LEDESMA Miguel Argaya Roca

Se me hace bastante claro que, para todos aquéllos que me hayan seguido hasta aquí, no ha de haber duda de que José Antonio Primo de Rivera se equivocó al transcribir el fascismo desde parámetros puramente afectivos, sin forzar una crítica intelectual. Es, quizá, la única ocasión en que podemos verle sujeto a lo emocional por encima de lo racional, y es también su error más profundo, más decisivo, pues lastra poderosamente las posibilidades de futuro de su pensamiento. A pesar de que su discurso implícito dista un trecho largo de cualquier adscripción al hegelianismo mussoliniano, no es menos cierto que su equivocidad retórica ha alimentado en su forma explícita una suerte de ficción ideológica a la que no ha querido hacer frente la crítica histórica por el momento.

Así lo entendió, con claridad, uno de los más conspicuos representantes de ese romanticismo fascista en nuestro país, Ramiro Ledesma Ramos, quien, en su obra *¿Fascismo en España?*, dice de José Antonio Primo de Rivera: *“Distingue y caracteriza a Primo de Rivera que opera sobre una serie de contradicciones de tipo irresoluble, procedentes de su formación intelectual (...) Veásele, repito, con su culto por lo racional y abstracto, con su afición a los estilos escépticos y suaves, con su tendencia a adoptar las formas más tímidas del patriotismo, con su afán de renuncia a cuanto suponga apelación emocional o impulso exclusivo de la voluntad, etcétera. Todo eso, con su temperamento cortés y su formación de jurista, le conduciría lógicamente a formas políticas de tipo liberal y parlamentario. Varias circunstancias han impedido, sin embargo, esa ruta. Pues ser hijo de un dictador y vivir adscrito a los medios sociales de la más alta burguesía son cosas de suficiente vigor para influir en el propio destino. En José Antonio obraron en el sentido de obligarle a torcer el suyo y a buscar una actitud político-social que conciliase sus contradicciones. Buscó esa actitud por vía intelectual y la encontró en el fascismo. Desde el día de su descubrimiento, está en colisión tenaz consigo mismo, esforzándose por creer que esa actitud suya es verdadera y profunda. En el fondo, barrunta que es algo llegado a él de modo artificial y pegadizo”* (251).

No voy a entrar en la equivocada lectura que del patriotismo joseantoniano hace el jacobinismo de Ledesma, incapaz de comprender los fundamentos filosóficos que alumbraban al falangista; pero lo que sí que es cierto es que ni la formación espiritual ni intelectual de éste respondían al sello romántico y de ahí la perspicaz intuición del jonsista. De ahí también, inevitablemente, todas las dudas y las indecisiones de José Antonio Primo de Rivera a la hora de asumir la jefatura de un supuesto “fascismo español”: *“El ser caudillo —nos dice— tiene algo de profeta. Necesita una dosis de fe, de salud, de entusiasmo y de cólera, que no es compatible con el refinamiento. Yo, por mi parte, serviría para todo menos para caudillo fascista. La actitud de duda, y el sentido irónico que nunca nos dejan a quienes hemos tenido, más o menos, una curiosidad intelectual, nos inhabilitan para lanzar las robustas afirmaciones sin titubeos que se exigen a los conductores de masas”* (252).

Ledesma lo sabía; había contribuido conscientemente, por necesidades tácticas y de militancia, a fundir en el partido Falange Española de las J.O.N.S. aquella formación mediterránea y clasicista de José Antonio Primo de Rivera con su propio romanticismo, y en todo momento supo, a tenor de sus propias declaraciones, de aquella contradicción doctrinal de fondo. Es de suponer que el jonsista preveía la toma del poder en el nuevo partido en un breve plazo de tiempo; pero se le escapó la poderosa personalidad de su oponente, capaz de neutralizar cualquier tendencia interna. Sea como fuere, el tiempo hubo de manifestar la crudeza de esa primigenia incoherencia intelectual y acabó por desbrozar el camino de la ruptura. Era del todo imposible la convivencia doctrinal, bajo una misma bandera, de las cosmovisiones de ambos fundadores, toda vez que sus respectivos orígenes filosóficos no sólo eran distintos, sino perfectamente divergentes. Ledesma se asignaba con rotundidad a lo que hemos venido llamando “pensamiento alemán”. Uno de sus estudiosos más encendida y beligerantemente antijoseantonianos, José Cuadrado Costa, dice de él que *“entre los autores que pueden considerarse como determinantes en la formación de Ramiro*

Ledesma, salta inmediatamente a la vista la enorme importancia de los pensadores alemanes: Nietzsche, Spengler, Fichte, Heidegger” (253). Es de destacar, sobre todo, a Fichte (254), del que toma incluso el nombre para su célebre *Discurso a las juventudes de España*. Seguramente es la influencia del subjetivismo idealista de corte alemán la que le hace decir, por ejemplo, que “fuera de nosotros, nada existe” (255).

Así como en José Antonio Primo de Rivera cualquier veleidad filofascista se hace artificiosa, en Ramiro Ledesma, en cambio, adquiere tintes de veracidad romántica. Es admirable la mimesis mussoliniana del fundador de las J.O.N.S., sobre todo en lo que se refiere a su antiindividualismo y a su teoría del Estado. Dice Ledesma rotundamente en un conocido artículo aparecido en el semanario *La conquista de Estado* de 23 de Mayo de 1931, y reproducido significativamente dos años después en la revista *JONS* (núm. 5) bajo el seudónimo de Roberto Lanzas: “Hay que decir con alegría y esperanza, como paso a las victorias que se avecinan: el individuo ha muerto” (256).

Y en otra parte, refiriéndose al concepto de libertad, afirma: “A pesar de que existan otras interpretaciones del marxismo, entiendo que hay en él una formidable y fecundísima tendencia a apartar a los trabajadores, no sólo del mito demo-liberal de la burguesía, sino del mito mismo de la libertad política. La frase de Lenin ‘Libertad ¿para qué?’ es aún más profunda de lo que se cree, está pronunciada por un marxista, y su contestación resulta de veras difícil en esta hora crítica de la política mundial”, (257). La respuesta, por cierto, se la viene a dar el mismo José Antonio Primo de Rivera: “Frente al desdeñoso ‘Libertad ¿para qué?’ de Lenin, nosotros comenzamos por afirmar la libertad del individuo, por reconocer al individuo. Nosotros, tachados de defender un panteísmo estatal, empezamos por aceptar la realidad del individuo libre, portador de valores eternos” (268). ¿No quedan aquí suficientemente explicitadas las diferencias de fundamento entre ambos pensadores? Por si fuera poco, en su teoría del Estado, Ramiro Ledesma se muestra ya definitivamente mimético respecto al Duce. Es el suyo, como el del italiano, el Estado totalitario en sentido panteísta, incluso abiertamente, como en esta declaración: “Frente a todo esto triunfa hoy en el mundo el nuevo Estado, cuyo precursor ideológico más pulcro es Hegel” (259). Bien sabía el fundador de las J.O.N.S. lo que decía. Su cercanía a las tesis del fascismo italiano pasa muy a menudo por la pura transcripción retórica: “He dicho repetidas veces —afirma en este sentido— que en nuestro programa revolucionario hay la subordinación de todos los poderes al Estado (...) Nuestra fórmula es y será siempre ¡Nada sobre el Estado!” (260). Había dicho Mussolini: “Nuestra fórmula es ésta: Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado” (261).

Hemos hablado largamente de la equivocidad filo-fascista del discurso joseantoniano, y de hasta qué punto ello suponía una grave incoherencia de fundamento. Ledesma, recordémoslo, la constataba al principio del presente capítulo. Pero también Ledesma, por encima —o tal vez, como veremos, a causa— de esa rigurosa mimesis de forma y fondo con el hegelianismo fascista, presenta una grave incoherencia; más grave incluso que la joseantoniana, ya que ésta era sólo afectiva y retórica, mientras que la del jonsista era filosófica, de fundamento. Pretender suscribir en Italia, en la Italia heredera de Garibaldi, bien lejana de la Roma Imperial en forma y en fondo, una línea ideológica romántica aun so capa de clasicismo estético, podía ser hasta imaginable; pero afirmarlo, como quería Ramiro Ledesma, en la contrarreformista España, cuyo romanticismo quedó en un mero baño superficial, artificioso, era afirmar el mar en el desierto. Desde ese punto de vista, la coherencia de José Antonio Primo de Rivera superaba en mucho a las pretensiones extrañas del jonsista. El fundador de Falange Española se adscribía, como vimos ya, al núcleo enraizado del “pensamiento tradicionalista español”; el disfraz filofascista no suponía en él otra cosa que una máscara coyuntural con evidentes escaseces que su portador, además, temió en todo momento hacer suya definitivamente. Pero Ledesma proponía trasladar a un pueblo muchas veces centenario los parámetros románticos de los totalitarismos alemán e italiano de su tiempo. Por eso es tan diferente la actitud de ambos líderes, por ejemplo, hacia el catolicismo. En José Antonio Primo de Rivera, imbuido de contrarreformismo, no es posible acometer la Revolución Nacional sin contar con “el sentido católico, de gloriosa tradición y predominante en España” (262). Para Ramiro Ledesma, por

el contrario, “la empresa de edificar una doctrina nacional, un plan de resurgimiento histórico, una estrategia de lucha, unas instituciones políticas eficaces, etc... es algo que puede ser realizado sin apelar al signo católico de los españoles” (263). Si la Revolución Nacional consiste precisamente en restituir al ser nacional su alma, es evidente que la vía joseantoniana se nos aparece hartamente espuria. La esencia espiritual de los pueblos germánicos tiende naturalmente al panteísmo, y su ciclo revolucionario nacional recoge la crítica al catolicismo, entendiéndolo como algo extraño. El error de Ledesma está en querer trasplantar en España aquel ciclo revolucionario, en lugar de conjugar el “pensamiento español”. Aquí no cabe, para José Antonio Primo de Rivera, otra Revolución Nacional que no pase por el espíritu intacto de la verdadera Tradición española: “Por eso nuestro régimen —dice—, que tendrá de común con todos los regímenes revolucionarios el venir así, del descontento, de la protesta, del amor amargo por la Patria, será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin faramallas de decadencia, sino empalmado con la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera Tradición Española” (264).

No pueden extrañar, por tanto, todas aquellas tensiones entre ambos líderes, tensiones que quedarían desvirtuadas si se redujesen (y así se ha hecho a menudo, sin embargo) a meros conflictos de carácter o de ambición política. Los mismos desprecios públicos en que ambos pensadores se enzarzaron tenían el sello inconfundible del respeto intelectual. Era evidente (y Ramiro lo comprendió con rapidez) que la cohabitación política era imposible, que se estaban enfrentando dos maneras antagónicas de entender la existencia individual y colectiva. Si algo había de emocional en José Antonio Primo de Rivera era lo que marcaba y tenía de claroscuro y barroquidad su obligada adscripción clasicista y mediterránea. Si algo había de clasicismo en Ramiro, era esa traducción romántica de Grecia en su admiración al romanismo hegeliano de Mussolini. Y poco más. Bajo el fantasma treintista de un movimiento “nacional y revolucionario” español, se produjo el engaño —el espejismo— de la convivencia. Engaño que perdura aun hoy en los albaceas políticos de la Falange, incapaces todavía de desbastar un corpus doctrinal demasiado entramado de contradicciones. Es verdad que entre el ledesimismo comienza a apreciarse, no obstante, un ligero movimiento en este sentido, abierto ya en su momento por el mismo Ramiro Ledesma desde su fuga/expulsión de fines de 1934. En 1935, desligado ya de toda sujeción al universo joseantoniano, reemprende el fundador de J.O.N.S. el proceso intelectual que había comenzado en 1931 y publica, bajo su querido seudónimo “Roberto Lanzas”, el definitivo *¿Fascismo en España?*, con una declaración final que es una rotunda afirmación de reconocimiento romántico frente a otras antiguas pretensiones romanistas, sin duda ya reconocidas como imposibles: “Digamos, para terminar, que a Ramiro Ledesma y a sus camaradas les viene mejor la camisa roja de Garibaldi que la camisa negra de Mussolini” (265). Por fin encuentra el fundador de las J.O.N.S. el camino al siglo del que procedía.

Notas:

(251) LEDESMA RAMOS, Ramiro. *¿Fascismo en España?...* Op. cit. Pág. 131.

(252) PRIMO DE RIVERA, José Antonio. *Obras...* Op. cit. Pág. 50.

(253) CUADRADO COSTA, José. *Ramiro Ledesma Ramos, un romanticismo de acero*. Valencia. Ediciones Barbarroja.1990. (Col. Biografías). Pág. 17.

(254) IBIDEM. Pág. 19.

(255) LEDESMA RAMOS, Ramiro. *El quijote y nuestro tiempo (ensayo)*. Madrid. Vasallo de Mumtert. 1971. Pág. 156.

(256) LEDESMA RAMOS, Ramiro. *Escritos políticos. La conquista del Estado. 1931*. Madrid. Ed. Trinidad Ledesma Ramos. 1986. Pág. 188; y *Escritos políticos. JONS. 1933-1934*. Madrid. Ed. Trinidad Ledesma Ramos. 1985. Pág. 144.

(257) LEDESMA RAMOS, Ramiro. *Discurso a las juventudes de España (con dos amplias digresiones acerca del signo revolucionario de las juventudes de España y del perfil actual de Europa)*. 7ª Edición. Madrid. Herederos de Ramiro Ledesma Ramos. 1981. Pág. 186.

(258) PRIMO DE RIVERA, José Antonio. *Obras...* Op. cit. Pág. 473.

(259) LEDESMA RAMOS, Ramiro. *Escritos políticos. La conquista...* Op. cit. Pág. 156.

(260) IBIDEM. Pág. 230.

(261) MUSSOLINI, Benito. *El espíritu de la revolución...* Op. cit. Pág. 217.

(262) PRIMO DE RIVERA, José Antonio. *Obras...* Op. cit. Pág. 344.

(263) LEDESMA RAMOS, Ramiro. *Discurso a las juventudes...* Op. cit. Pág. 94.

(264) PRIMO DE RIVERA, José Antonio. *Obras...* Op. cit. Pág. 569. Hay que hacer notar aquí el sentido histórico y abstracto del término Tradición en el jefe falangista, que no puede ser confundido con una defensa de costumbres seculares, por válidas que éstas se quieran, o con el contenido de los fundamentos del “tradicionalismo político” que encarnaba el Carlismo en su momento. El mismo José Antonio se desmarca de cualquiera de esas acepciones explícitamente, definiéndolo como “*la vena de un sentido tradicional profundo, de un tuétano tradicional español que tal vez no reside donde piensan muchos y que es necesario a toda costa rejuvenecer*” (Pág. 267). Ya hemos determinado con anterioridad cuál es ese “tuétano”: los valores espirituales de la civilización; valores que son católicos, occidentales, españoles.

(265) LEDESMA RAMOS, Ramiro. *¿Fascismo es España?...* Op. cit. Pág. 173.

[Texto extraído de “Conclusión segunda, p. 123 – 129”. De libro *Entre lo espontáneo y lo difícil*. Editorial Tarfe, Oviedo, 1996, 139 p.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN SOBRE RAMIRO

>DOCUMENTO N. 64